

Formación Monástica y Mundo Secular¹

Gracias al P. Dominic Milroy por su conferencia brillante y rica de estímulos.

Los campos sobre los cuales el Relator ha concentrado su atención son:

- la tecnología de la comunicación;
- la experiencia del tiempo;
- consecuencias: éticas personales;
- autoridad;
- trabajo;
- gloria; búsqueda de la realización.

Estos campos de atención están precedidos de una breve descripción del sentido que él quiere darle a la expresión «mundo secular».

La relación, sin embargo, comienza con la bellísima *ouverture* ofrecida en una imagen simbólicamente rica: el jardín de la Abadía de Ligugé y el TGV París-Burdeos.

El P. Dominic, con su relación, deseaba presentar algunas preguntas sobre la conexión o «interface» entre tradición monástica y mundo secular contemporáneo en el contexto de la formación de los monjes jóvenes o ya maduros, en la perspectiva del amor y del servicio que la comunidad monástica debe ofrecer al mundo secular.

¹ El Autor es monje sacerdote benedictino, abad de la Abadía de Praglia, Italia. La trad. la realizó el abad Enrique Contreras, osb.

Mi breve intervención desea favorecer la sucesiva discusión y profundización del tema propuesto con el aporte cualificado de todos los participantes. Ella se articula en tres partes:

I. Consideraciones sobre el «título» de la conferencia.

II. Puntos importantes para un desarrollo sobre la formación monástica hoy.

III. Intento de respuesta a algunas de las varias preguntas formuladas por P. Dominic en su relación.

I. Consideraciones sobre el «título» de la conferencia

El título de la conferencia del P. Dominic Milroy se compone de dos elementos -formación monástica, mundo secular- unidos a través de la conjunción «y». Tres consideraciones se pueden reunir aquí:

a) Ya la reunión yuxtapuesta de dos términos sugiere, en un cierto sentido, dos mundos «unidos» pero no confundidos, distintos pero no separados. Son dos realidades dinámicas, dos polaridades, llamadas a interactuar. Esto es representado en forma magistral por la imagen-símbolo con la que se abre la exposición.

b) «*Mundo secular*». El P. Dominic al inicio ponía el acento sobre la complejidad de la realidad designada con el nombre de «mundo secular». Esta se presenta bajo el signo de lo «múltiple» no fácilmente reducible a la «unidad».

Querría, de mi parte, sugerir todavía algún aspecto del moderno mundo secular. En primer lugar, no hay que olvidar que por «mundo secular» no se entiende sólo un *dato* o una multiplicidad de *datos*, sino una compleja realidad cultural, signada por:

- la desaparición de un «esquema de orientación e interpretación»;
- la «pluralización» de la existencia y de la concepción de la realidad;
- la «subjektivización» radical como consecuencia de la «pluralización»².

La «modernidad» en nuestro mundo secular, puede agregarse, se expresa en el signo de la *emancipación* siempre más total.

c) «*Formación*». Por formación no se puede entender sólo una educación teológico-monástica intelectual y/o el aprendizaje de un determinado estilo de vida, sino que debemos entender una auténtica educación a *vivir* (en el sentido pleno) la gracia de la Vocación monástica en nuestro mundo. Pienso en la voca-

² Cf. A. J. NIJK, *Secolarizzazione*, Brescia, Queriniana, 1973, pp. 335-351.

ción monástica como en un evento inefable de gracia que hace irrumpir en nuestro corazón el Señorío de Dios y nos revela de un modo «único» el rostro de Cristo.

II. Puntos importantes para un desarrollo sobre la formación monástica hoy

a) *Primado de la persona*

Si la situación cultural del mundo actual nos ha conducido a la «subjetivización» radical, el sujeto individual, el hombre, aceptado en su dignidad de persona, es el punto de partida fundamental para el camino educativo, también monástico. Avanzando un poco más, podremos decir que el punto de partida es el *corazón del hombre*, entendido como el fundamento y el centro de la subjetividad humana, como lugar de la recepción del Evangelio, y fuente de la que brota la fe.

Se tratará, en la educación, de *reconstruir el corazón en el sentido bíblico*: de reconducir a su tarea y a su fuerza original aquella voluntad de bien, aquella libertad de relación y de promoción que por sí misma se ha hecho impotente.

b) *Fundamentalidad de la escucha*

El *Escuchar* es fundamental en primer lugar para poder discernir entre justa y falsa subjetividad. Nuestra verdadera identidad nos es *dada* y revelada en la experiencia vital de ser *llamados por el nombre*. No nos llamamos a nosotros mismos, sino que otros nos llaman. Son los padres los que nos dan nuestro nombre y los primeros que nos llaman, sacándonos del sin sentido de una soledad abismal, terrible y angustiante, y revelándonos nuestra identidad y nuestra heredad: el vivir humano es «alianza».

He aquí, pues, la centralidad de la PALABRA que se realiza en el corazón del hombre como «Escucha»; y la palabra escuchada tiene el poder de «desencadenar» (en el sentido propio de quitar las cadenas) la libertad del hombre, de hacerlo un sujeto responsable de sí mismo, de los otros y del mundo. *Escuchar* es recibir y discernir la verdad en el diálogo.

Por medio de la Escucha del propio nombre, con todo lo que esto significa, crecemos en la justa subjetividad, en la auténtica identidad, para abrirnos a la escucha plena de la Palabra de Dios en la Historia de la Salvación y, finalmente, a

la Palabra hecha carne, Jesús Cristo Señor, y para poder recibir *la piedra blanca, en la que está escrito un nombre nuevo que nadie conoce fuera de aquel que lo recibe (Ap 2,17)*.

Pero la escucha de la Palabra nos abre y exige de nosotros también la *escucha* de nuestra historia, del mundo en que vivimos, de la cultura en la que estamos insertos, de todo lo que sucede en nosotros y fuera de nosotros, ya sea que se trate de acontecimientos, personas, situaciones, comportamientos, Religiones, culturas.

La Palabra de Dios *se hizo* carne, *se hace* carne continuamente, en todos y en todo, y debe *hacerse carne* en nosotros a través de la *Escucha*. Entonces todo entra en el proceso salvífico de la *recapitulación en Cristo*, muerto y resucitado, y en el proceso de revelación del Rostro del Señor en nuestro corazón mediante el Espíritu. Por este camino se entra en la creciente comprensión de la propia vocación y responsabilidad monástica.

El «mundo secular» recibido y escuchado nos revela siempre más la verdad inefable de Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo, y la verdad de los hombres que somos nosotros, en nuestra realidad de tinieblas y luz, más aún en nuestra realidad de *victoria sobre el mal*, en cuanto perdidamente amados por Dios.

Si escuchar es también discernir en el diálogo, esto implica también decir la Palabra, narrar, hacer memoria y dar verdad y dignidad al interlocutor y a la realidad. La escucha de Jesucristo inaugura los últimos tiempos, poniendo al hombre no en el *final de la historia* sino en relación con *su fin*, con aquel mundo de justicia y paz para el cual él ha sido creado; en un cierto sentido se pone así fin a la «prehistoria» y se inaugura la *historia propiamente humana*: la historia de la libertad, todavía falible, cierto, pero siempre renovada y vivificada desde dentro, por el Espíritu del Mesías.

Como monjes sabemos que la Palabra es como un canto rico de «armonías». Por eso el acontecimiento de la escucha se dilata por el impacto dulce y exigente con la materialidad de la palabra misma (*lectio*) hacia la experiencia de la riqueza de su resonancia (*meditatio*), hasta hacerse grito suplicante o alabanza gozosa (*oratio*) y certeza de la Presencia que colma todo deseo (*contemplatio*).

c) Lectura simbólica de la realidad

Entrar en este don de la escucha y realizarlo siempre más de un modo que se convierta en la actitud fundamental de la existencia, nos permite abrirnos siempre más a la VIDA, hasta dejarnos *vivificar plenamente* y ser capaces de DAR la vida. Vivir y recibir la vida al extremo de poderla dar y quemar en el fuego del Amor.

La vida de Escucha, con todo lo que implica, es posible en una comprensión

simbólica de la realidad; y, por otra parte, la Escucha nos lleva siempre a una más sensible percepción de la dimensión simbólica de lo que existe, y para nosotros cristianos-monjes, podemos decir, a una lectura sacramental-mistérica del mundo y de la historia.

He aquí entonces que en cada «*fragmento*» de vida, de historia, de realidad vive y se percibe el todo. Y cada fragmento vivido nos sumerge en la maravilla del todo. Luego podremos también decir que el cielo verdadero no es aquel ideal de nuestras proyecciones, sino este real que ha calado en este palmo de tierra y nos ha ocultado Su Gloria (cf. *Jn* 1,14).

La *relación directa* con las personas, las cosas, las situaciones, todos estos fragmentos, es el primer «laboratorio de sentido», el banco de prueba de nuestras declaraciones de principio. El primer lugar de la salvación y por ello la crónica cotidiana en sus mil fragmentos. Esta crónica en el sentido de «*chronos*», pequeño tiempo, deviene tiempo de fe, de decisión y de conversión («*kairos*»): cuando en la presencia del otro o de lo que sucede se hace presente el Eterno.

Lo «cotidiano» es, pues, el *símbolo real de toda la vida de los hombres*. En cuanto «real» es una parte, un fragmento, de esta vida; en cuanto símbolo, produce y anticipa en miniatura las estructuras esenciales del Reino de Dios en la historia. Estructuras que presiden toda relación interhumana, desde la conversación hasta las relaciones internacionales. El miedo que arma a los pueblos no es de cualidad diversa al temor a nuestro interlocutor o al miedo que nos hace agresivos en un coloquio o en una discusión. El peso de las tensiones que existe entre Norte y Sur está ya representado en la agresividad y en la intolerancia con las que reivindicamos y defendemos nuestros intereses. O bien, al contrario, en la alegría con que compartimos las pocas cosas que tenemos. Tal vez aquí está el secreto de una verdadera cultura teológica y monástica, en esta «unidad» de estilo de fe en la enorme «diversidad» de escala de grandeza de las estructuras que la encarnan en su autoconciencia.

d) La liturgia: «Culmen et fons»

Esta visión simbólica de la realidad, que más específicamente denominamos sacramental-mistérica, nos abre a la vida litúrgica en sentido estricto y en particular a la Eucaristía. La liturgia inserta una dimensión nueva en el desarrollo del tiempo: esto es posible a través del Misterio de Cristo, narrado en modo eficaz y hecho presente en las horas litúrgicas y, de manera corporal, en los símbolos litúrgicos. La vida litúrgica revela el espacio de la verdadera libertad, y transforma la realidad corporal y las cosas.

La inmersión profunda en el misterio pascual de Cristo a través de la liturgia nos capacita para el combate espiritual como revelación en nosotros de la victoria sobre el pecado, que se irradia en la historia y en el cosmos³.

No me extiendo sobre este punto porque se hablará largamente y muy bien en la próxima conferencia del P. Driscoll.

e) Monasterio: una realidad emblemática

En este punto quisiera simplemente presentar la particular relación en la que tal vez se debe ver la vida monástica respecto a la vida de la Iglesia y también al «mundo secular». Colocándose como realidad «emblemática»⁴ se ubica por una parte en el corazón de la historia de la humanidad y por otra se eleva sobre la historia como signo, como profecía, como consuelo de la esperanza. También sobre este argumento, si bien desde un punto de vista diverso, escucharemos más y muy bueno en la próxima conferencia.

Concluyendo este segundo punto, quisiera decir que el verdadero desafío de parte del mundo secular respecto de la vida monástica, y por ende de la formación, se juega sobre la *espiritualidad*, que está llamada a hacerse siempre más verdadera y radical para superar toda actitud «devocionística y moralística». En otras palabras, está en juego la grave cuestión del sentido.

El monje, por tanto, debe dejarse educar a conjugar, según su carisma, la doble difícil fidelidad -a Dios y a los hombres- en el misterio de la escucha-acogida, en un «silencio lleno de mirada» que expresa, además de la exclamación gozosa de la presencia inefable de Dios, «también la lucha del hombre que, buscando la verdad en la oscuridad, se abre a la esperanza sin rostro y sin nombre. Aquel “estar” en la condición humana de miseria radical, en la apertura a una imprevisible salvación».

«Yo soy el hombre que ha contemplado la miseria. Es bueno esperar en silencio (praestolari in silentio = Vulgata) la salvación del Señor; que tome asiento el hombre solitario y permanezca en silencio (ponat in pulvere os suum, si forte sit spes)» (Lm 3,26-29)⁵.

³ Cf. G. LAFONT, *Le monachisme à l'orée du troisième millénaire* (Conferencia presentada en el XVI Capítulo General de la Congregación Sublacense).

⁴ La expresión y la idea las he tomado de una reflexión del Prof. Crispino Valenziano.

⁵ M. L. ANGELINI, *Un silenzio pieno di sguardo*, Bologna, 1966, p. 16.

La escucha, el silencio meditativo, se torna después oración, *epiclesis* que hace la palabra fecunda de salvación para nosotros mismos y para el mundo, y que consagra el camino histórico del hombre y de la humanidad. Del corazón del monje y de cada hombre surgirá entonces una nueva praxis, dictada no por la avidez y el temor, sino por el compartir y la confianza recíproca, sin temer que las heridas en la carne de los hermanos, sangren también en nosotros. El monje como su Señor, y con mayor razón, no podrá no ser sino un «sanador herido».

III. Para un intento de respuesta

La respuesta a las preguntas no viene desde fuera de las preguntas mismas, ni de aquel mundo de seguridades teológicas y espirituales que las preguntas parecen amenazar. Debemos en cambio *escuchar la pregunta*, el problema, la otra polaridad. Cada pregunta, cada problema, «el otro» recuerda un «corazón» en búsqueda; es sed de verdad, de sentido, de amor. Y esta «sed» sufrida, *sub specie contrarii*, revela la *presencia* de la verdad, del sentido, del amor.

La pregunta escuchada se revela como Palabra y deviene vida, bajo el signo de la cruz, en una tensión continua entre «perder la propia vida» y «salvarla», entre la semilla que muere y la espiga que nace. El pan que nutre y da la vida viene de la semilla que muere, de la cruz. El monje debe, pues, aprender a dejarse interrogar y así abrir el propio corazón a la «compasión», a ir más allá de sí mismo, y acoger al otro. Entonces, así abierto, golpeará a la puerta de la Palabra de Dios; y la Palabra de Dios, el Dios de misericordia, entrará a través de las heridas de la «compasión», se revelará y transfigurará gradualmente al monje y lo hará «sacramento de la transfiguración» de la humanidad y de sus culturas. Se trata de vivir humildemente y radicalmente la Pascua de Cristo. La respuesta es esencialmente una respuesta vital, un testimonio de amor y solidaridad, un soplo de esperanza.

Propongo aquí pocos ejemplos, cuyo principio de fondo puede ser útil para la respuesta a otras provocaciones.

a) *La tecnología de la comunicación*

La tecnología siempre más avanzada facilita y acelera las relaciones a un cierto nivel, pero al mismo tiempo las tecnifica y por ende las superficializa. Tal progreso en la tecnología de la comunicación revela por una parte la necesidad profunda de comunicación y, por la otra, cómo el hombre permanece prisionero

de la incapacidad de comunicar. Cuanto más sofisticada y perfecta se hace la tecnología, más difícil es comunicar, en el verdadero y profundo sentido del término. Cuanto más se multiplican las palabras más se esconde *la Palabra*, y la luz creativa de la verdad.

La tecnología de la comunicación y la fenomenología que la caracteriza gritan, aunque sin saberlo, la necesidad de la Palabra y de palabras verdaderas y justas que broten del silencio y sumerjan en el silencio profundo de la vida.

b) La experiencia del tiempo.

Con el progreso tecnológico nos es posible hacer muchas cosas en poco tiempo, y el tiempo para cada cosa se acelera. Pero cuanto más rápido es el tiempo, más cosas pueden hallar espacio en el contenedor-tiempo, y hay menos tiempo. El intento por superar el límite del tiempo hace sufrir el límite y por tanto la falta de tiempo. Abunda el tiempo en relación a las cosas para hacer y falta el tiempo para el hombre, la vida es sofocada por la restricción de tiempo.

Sin embargo, es justamente la falta de tiempo, la experiencia de su límite, lo que puede ayudarnos a tomar distancia del tiempo, asomarnos a lo que no tiene tiempo y hacernos señores del tiempo y, en consecuencia, librarnos de sus angustias, dilatando el tiempo con la memoria y la espera, y gobernándolo con el ritmo. El tiempo destinado al hombre y no a las cosas nos enseña a discernir lo que es expresión auténtica de vida de lo que es efímero; lo que es esencial de lo que es superfluo.

Con estos dos ejemplos he querido indicar un posible intento de «respuesta» que, como se ha indicado, para el monje acontece esencialmente en el ámbito de la vida, testimonia el misterio de la encarnación y de la pascua, revela la verdad de la Palabra del Resucitado: «*Yo estaré siempre con ustedes hasta el fin del mundo*» (Mt 28,20).

Viviendo el misterio del «Señor con nosotros» el monje, la comunidad monástica, según el propio carisma, manifestará su cercanía al hombre de su tiempo y hará memoria del gesto simbólico de Jesús que se sienta a la mesa con los pecadores: es el acto de redención radical.

*Abadía de Praglia
I-35003 Bressio (PD)
Italia*